

RESEÑAS

Philippe Borgeaud, *La Mère des Dieux. De Cybèle à la Vierge Marie*, Paris, Seuil, 1996, 266 pp. ISBN 2-02-010903-4.

Sobre Cibeles y su culto nuestra documentación se ha ampliado enormemente gracias sobre todo a la labor del malogrado M. J. Vermaseren, editor del *Corpus Cultus Cybelis Attidisque* (en siete volúmenes, Leiden, 1977-89) y autor de obras de referencia como *Cybele and Attis. The Cult and the Myth* (London, 1977). Es ahora cuando se hacía notar la necesidad de un trabajo monográfico que renovara los planteamientos de Vermaseren y creemos que este libro de Borgeaud cumple sobradamente esa necesidad.

No hay que dejarse confundir por el título: mucha literatura de quiosco llevaría a quien se deje juzgar por él a pensar en otro trabajo más de los que prometen resolver en pocas páginas los grandes enigmas de la religión 'pagana' metiendo en el mismo saco a Grecia, Roma, Egipto, cristianismo y, sea dicho en broma, los rosacruces, la masonería y el triángulo de las Bermudas. En esa labor inicial en la que se pone en funcionamiento el juicio (y los propios prejuicios), la inadecuación del título puede llevar a errores, pero ejerce un contrapeso la propia apariencia externa del libro (muy cuidada y sobria) y el nombre del autor, una gran autoridad en religión del mundo clásico: Philippe Borgeaud es catedrático de historia de las religiones antiguas en Ginebra y ya destacó por su magnífico estudio sobre el dios Pan (*Recherches sur le dieu Pan*, Roma-Ginebra, 1979, traducido al inglés en Chicago en 1988) y otros trabajos de investigación de gran altura. Cuando de la portada se pasa al interior la mera lectura del índice nos aclara ante qué tipo de libro nos encontramos, con 50 páginas de densas notas y 16 de bibliografía pertinente y actualizada. Después del índice se hojea el libro y ya podemos etiquetarlo: monografía de alta divulgación (por ejemplo el griego está transcrito) más cerca de los estudios académicos que de la divulgación propiamente dicha. Más que de la Suiza germánica (Burkert, Graf, etc.), cuya influencia se observa sin embargo, Borgeaud pertenece a la línea de Rudhardt y Calame y se relaciona con la escuela de París de Vernant y Detienne, lo que acaba por definir el tipo de obra ante la que nos encontramos: investigación seria y densa en moldes ensayísticos y un lenguaje elaborado, a veces algo oscuro.

En la Introducción nos sitúa ante la cuestión metodológica con gran valentía, pues nos presenta a la Madre de los dioses como “prisionera de dos mitos eruditos tan tenaces como mal fundados”: el primero es el mito del estado matriarcal primigenio postulado por Bachofen, al que pertenecería la Madre de los dioses como superviviente exótica en el panteón clásico, teoría que, según señala el autor, no sin acidez, ha sido citada por marxistas, partidarios del análisis psicoanalítico y feministas “sin que la hayan leído”; el segundo es el de la asimilación de Cibele a la Virgen María, el afán de presentar a ésta como heredera de las grandes diosas antiguas con una transferencia pura y simple de símbolos y funciones en otro contexto distinto del politeísta. Ambos *mitos*, referido uno a lo previo y otro a lo posterior a Cibele son, para Borgeaud, muestras del mismo planteamiento: “el fantasma del monoteísmo femenino”.

La investigación gira en torno a tres grandes cuestiones: la de los orígenes del culto y su llegada a Grecia, la de su introducción en la República romana y la de su expansión y transformación en la época imperial. Sobre los inicios del culto se presentan tres vías posibles, la opción ‘difusionista’, la hipótesis de la herencia prehistórica y el sueño de una estructura religiosa común a toda la humanidad. Borgeaud demuestra su buen sentido ciñéndose a un sector de “esta nebulosa demasiado evidentemente universal” y en concreto analiza de Frigia a Grecia y Roma una figura identificable con precisión, designada explícitamente como la “Madre” o la “Madre de los dioses”, y todo ello en un ambiente coherente y con contigüidad asegurada de tiempo y lugar.

Respecto a la llegada de Cibele a Grecia Borgeaud se limita en principio a recoger un itinerario suficientemente demostrado: los primeros datos la sitúan en Frigia a finales del siglo VII y principios del VI; el dominio lidio en la región propicia la identificación de la *Kubileia* frigia con la *Kubaba* de Karkemish; ambos nombres hacen referencia a lugares (montes) y el elemento central es el de *Matar*, Madre. Una iconografía precisa acompaña la extensión de ese culto: diosa de pie rodeada de leones. De estas regiones llega a las costas de Asia Menor, desde donde se extiende al Peloponeso y Magna Grecia. En el siglo V desde Jonia es llevada a Atenas y una imagen realizada por Agorácrito, discípulo de Fidias, se extenderá: diosa entronizada y en un *naiskos*, con un *timpanon* en una mano y en la otra una copa de libación y un pequeño león tumbado a sus pies.

Respecto a la definición de los rasgos básicos de la diosa en Grecia resalta Borgeaud la noción de alteridad, tan cara a la escuela francesa: Cibele encuentra un lugar en el centro de la vida política ateniense, en el Metroo, santuario junto al Buleuterio que cumple una función además de archivo estatal, pero los textos literarios coetáneos (un estásimo de la *Helena* de Eurípides, un pasaje de *Filoctetes* de Sófocles, un Himno de Epidauro), señalan el hecho de que nunca deja de ser considerada como diosa extranjera y de características cultuales peculiares; hay una tensión en la literatura de la época entre la asimilación a las divinidades griegas cercanas y la distinción respecto del panteón olímpico, singularmente respecto al culto, que se acerca a los misterios dionisiacos. En la dilucidación de esta cuestión demuestra el autor su fina formación de filólogo ante una cuestión, la de los rasgos de la diosa en el mito griego, que no deja de ser muy discutida. Con audacia entra también en dos textos menos claros, uno de Heródoto, la historia de Atis, el hijo de Cresos que muere accidentalmente a manos de un frigio, Adrasto, y otro de Hermesianacte sobre un Attes,

hijo del frigio Cálaos, iniciador de los lidios en el culto de la Madre, que muere por los celos de Zeus: en ambos relatos aparece un personaje que puede ser el precedente de Attis y en ambos sufre un destino trágico. A partir del helenismo los testimonios literarios aumentan y a la vez se complican: la figura de Attis, que para Borgeaud es una creación de Grecia, surge con fuerza como personaje individual en estrecha relación con la diosa, con un relato mítico que se complica progresivamente y en estrecha conexión con el ritual.

En el ámbito de la república temprana se data el relato de su introducción en Roma, una amalgama de historia y leyenda con una serie de elementos que encontramos en otros episodios de introducción del culto de la Madre. En Roma se resalta la relación de la Madre con Troya y por lo tanto con Eneas y los orígenes míticos del estado, pero también aquí se establece una dicotomía entre la diosa de las fiestas Megalesias, de la nobleza romana, 'nacional', y la de los rituales frigios, con un sacerdocio extranjero, extravagante y compuesto de hombres castrados, visto con recelo por el común de la población. El análisis del trasfondo político nos sitúa en la difícil etapa de la Segunda Guerra Púnica, con relaciones amistosas con los Atálidas de Pérgamo y de éstos con el sacerdocio de Pesinunte, ciudad central de culto de la diosa en el territorio de los gálatas.

En el Imperio es importante el hecho de que en la época de Antonino Pío se prodújese una transformación fundamental del culto en la línea de nacionalización de todo lo que aún seguía dependiendo del sacerdocio extranjero: se crea un cuerpo sacerdotal romano (los canéforos), una nueva figura religiosa (el *archigallos*, ciudadano romano de clase alta), y una nueva práctica, el taurobolio, que se dirigía a pedir la salud de la casa imperial y es para Borgeaud una alternativa política y mística a la práctica que siempre fue vista con horror por griegos y romanos: la castración de los sacerdotes de la diosa. Razona convincentemente que la idea de un rito en el que el iniciado se hallaría en una sala inferior y quedaría bañado en la sangre de un toro es una falacia surgida a partir de la generalización de un texto muy concreto de Prudencio; más bien habría que pensar en un ritual sacrificial en torno a un toro y a la propia castración del animal.

En todo este contexto de transformación del culto en época imperial ve el autor la interferencia –más que influencia– entre el cristianismo y el culto de la Madre de los dioses, que modifica en su opinión tanto el culto de la Madre como la consideración del cristianismo sobre la función de la Virgen María (aunque más bien en este caso como rechazo del culto divino de la Virgen, siempre explícito en el cristianismo). Creemos que aunque se señalan algunas ideas interesantes, es esta parte del libro la que menos convicción produce, puesto que el autor se limita a estudiar algunos textos cristianos aislados y otros que costaría calificar propiamente de tales (básicamente apócrifos neotestamentarios como el protoevangelio de Santiago o la carta del pseudo-Tito y textos gnósticos naasenos) y se ve quizá forzado por planteamientos estructuralistas de fondo para equiparar cuestiones que deberían recibir un tratamiento autónomo y mucho más en profundidad. Sería preferible retomar esta cuestión incidiendo en el análisis de todos los textos cristianos pertinentes y sabiendo delimitar la concepción cristiana de la castidad y el celibato respecto a lo que fue una práctica como la castración, nunca aceptada ni en Grecia ni en Roma ni en el cristianismo. Lo mismo hay que decir de la consideración de la Virgen María en el cristianismo antiguo, que por mucho

que se quiera acercar a la Madre de los dioses no encuentra en ningún lugar un correlato con la relación que Cibele tiene con Attis. Sí que es interesante, en cambio, el proceso por el que la figura de Attis va cambiando en época imperial por influencia, entre otros, del cristianismo.

ÁNGEL RUIZ PÉREZ

A. García Masegosa, *Los amores humanos de Zeus*, Servicio de Publicaciones da Universidade de Vigo (Serie Humanidades e Ciencias Xuridico Sociais, nº 16), 1998, 152 pp. + 8 ilustraciones.

El presente libro es una recopilación, a la que el autor imprime un carácter desenfadado con tildes didácticos, de las distintas relaciones que Zeus mantuvo con mortales. El uso escolar y académico puede ser útil tanto para los alumnos de enseñanza secundaria como para los estudiantes universitarios que cursan la asignatura de Mitología Griega y Romana dentro de los Nuevos Planes de Estudios y que acceden a ésta con un total desconocimiento del tema.

La obra está escrita a modo de diccionario, tomando como referencia el cuadro que en este sentido esbozó P. Grimal en su *Diccionario de la mitología griega y romana* y el autor mismo insiste en que “el trabajo va dirigido principalmente a los lectores curiosos que pretendan conocer o recordar unos hechos mitológicos interesantes y concretos” y que “los amantes de la mitología profunda y científica deben acudir a otras fuentes más complejas” (p.16). Teniendo, pues, en cuenta estas premisas el autor reúne los perfiles de quince personajes femeninos (Alcmena, Calisto, Dánae, Egina, Europa, Ío, Laodamia, Leda, Niobe, tres Pléyades, Pluto y Semele) y, además, el del joven Ganimedes, todos ellos encabezados por la figura de Zeus, divinidad clave de esta monografía.

En la descripción de cada heroína o ninfa recoge los aspectos más significativos y resume bien los relatos mejor conocidos, intercalando siempre que lo considera oportuno textos traducidos de autores greco-latinos. Sin embargo, el carácter divulgativo que el autor quiere imprimir a su libro, le lleva a citar un escaso número de fuentes literarias clásicas –con exclusión de los testimonios epigráficos y arqueológicos– y, por lo tanto, no analiza todas las versiones de las leyendas mitológicas.

El libro cumple perfectamente su cometido, pero no explica el orden de prelación seguido a la hora de describir cada uno de los personajes y ello puede confundir a un lector no especialista, y dado que existe un elenco de diccionarios mitológicos fácilmente accesibles para los interesados en la materia, hubiera sido interesante sistematizar el contenido al margen de lo que es propiamente un catálogo de “amantes” de Zeus, ya que no todas las figuras tienen el mismo interés ni la misma relevancia, ni tampoco idéntica categoría. Unas son ninfas y otras heroínas, unas alumbraron, como producto de dicha relación, una divinidad como Hermes, en el caso de Maya, o Dioniso, en el de Semele. Otras veces nacieron reyes legendarios, de gran significado para el ciclo mitológico de una determinada región, caso de Minos, hijo de